

plegados con dulzura, son los ojos de un muerto que murió llorando, las cejas convulsas no descansan todavía, la boca, abierta aún, acaba de lanzar el último grito de angustia de la vida que se aleja; los labios parece que palpitan temblorosos, y el dolor de la muerte no ha olvidado ni una arruga de sufrimiento en aquel rostro divino.

Aquel busto es una imagen postrera, y... ¿quién sabe, si fué la obra postrera del artista? Por que Cano murió en Granada; murió rechazando el crucifijo con que se le exhortaba, por ser una mala escultura..... y murió en la mayor miseria.

Allí, bajo las losas del coro, en aquella catedral de sus ensueños, le enterraron, y allí descansa roreado de sus obras.

---

## VII

### La toma de Granada

El invierno entrábase por las puertas de Andalucía, no respetando meridianos ni fronteras *climáticas*; Sierra Nevada, cubierta de nieve *fresca*, enfriaba el viento que cruzaba por sus cumbres, y el tal viento, al llegar á nuestra Granada, mataba las pocas hojas que por arraigo natural se sostenían todavía en las ramas de los árboles, y..... en fin, que estábamos en invierno, y, sin más figuras retóricas, habíamos decidido marcharnos con los colores á otra parte.

Pero antes queríamos ver las fiestas de Navidad, y sobre todo la fiesta de la rendición de Granada, conmemorada aquí todos los años, desde el día en que Fernando é Isabel tuvieron la gran fortuna de poder ver por sus ojos la hermosa Alhambra, intacta aún de las torpes profanaciones de sus gloriosos descendientes; queríamos oír la campana de la Vela, celebrada en los cantares de esta tierra, y ver « La toma de Granada », comedia, drama, auto sacramental ó lo que sea, representado cada año en este día, como acto tradicional, conmemorando aquel hecho glorioso.

Ya en Noche Buena, el bullicio que reinaba en estas calles pintorescas predecía que algo serio se preparaba. A pesar de la lluvia, cayendo inoportunamente, las guitarras no cesaban de sonar; en cada casa oíase el ruido de panderetas; las zambombas resonaban por las calles, las chicharras gruñían por todas partes, y la triste Granada, la melancólica ciudad cristianizada, se embriagaba de alegría, cantaba en ayes flamencos y lanzaba notas del agudo más subido.

En las iglesias la misa del gallo se rezaba á coro con un bullicio inevitable, á pesar de todas las leyes, bandos y prohibiciones; la guardia civil, armada, paseábase en parejas por el templo; registrábase á los devotos para ver si llevaban panderetas y zambombas; pero, á pesar de todas las precauciones, á pesar de una ley datando del siglo XIII, prohibiendo que *se facen villantías y desposturas que non deven otrosí estas cosas fazerse en las Iglesias, antes deben de echarse dellas desonrradamente, á todos los que las ficieren, ya que*



*la iglesia es casa de oracion é non deve ser fecha cueva de ladrones* ; á pesar de la moderna policia, la música podía más que el Gobierno, y del fondo de las capillas brotaban ruidos bulliciosos, mal contenidos, de un pueblo que quería expansionarse.

Salió el sol, el día de la *toma*, y Granada tuvo por toldo el manto azul que corresponde á su fama. Tremolóse la histórica bandera por la mañana, la campana de la Vela no cesó de cantar durante todo el día, los caminos de la Alhambra fueron presa de un mundo alegre de viandantes y por la noche acudióse á escuchar devotamente el Triunfo del Ave María, ó sea « La toma de Granada ».

Esta obra, atribuída al propio Felipe IV, mezcla de cosas hermosamente bien dichas, al lado de otras fronterizas del ridículo, llena de arranques caballescrescos é hiperbólicas declamaciones, es un drama de moros y cristianos, en el cual, por ser escrito de los nuestros, siempre le toca perder al pobre moro vencido. Sin duda debióse representar al aire libre, según fué moda en los días que fué escrito, y debió ser hermosamente presentado. Los fondos del renacimiento, los caballeros con armaduras auténticas, los artistas montados en briosos caballos andaluces ; el cielo por decorado y la nobleza por público, debían darle un carácter de « misterio » y el gran renombre que goza, y que va perdiendo, gracias al modo pobrísimo como hoy se representa.

Este año, Riquelme fué el encargado de calzarse el traje de moro que le entregó la sastrería, y medido en él del mejor modo que pudo, el simpático actor debió lanzar los versos de su papel, contesta-

dos por los cristianos de su cristiana compañía, según canta el argumento que sigue :

Alzase el telón solemnemente y aparece en el fondo de la escena una vista convencional de la vega de Granada. Tocaban cajas y clarines y se oyen grandes voces ¡ Arma ! ¡ Arma ! ¡ Guerra ! ! Guerra ! ¡ A ellos que huyen ! Salen moros peleando con el conde de Cabra en persona y cae una lluvia de insultos...

El pobre conde pelea briosamente, pero la cosa acabaría en su perjuicio físico, si no apareciese Celima, hermosísima mora de Granada, que detiene la morisma.

*Celima.* Tenéos moros.  
Dad á las iras templanza,  
Que no es acción del valor  
Vencer con tanta ventaja.

Con lo cual se apartan los moros de mala gana, y se salva la vida del Conde, que se enamora sin pérdida de momento.

Celima le da la libertad, lograda por influjo de su belleza ; pero el conde responde muy á tiempo que

.....más que la libertad ser tu cautivo estimara.

y el pobre..... se queda muy compungido.

En este estado le encuentran dos nobles más, Pulgar y Martín, vestidos en pie de guerra, y él les explica el lance que le ha pasado, su súbito enamoramiento y su conversación prudente con la mora,



cuando, viniendo á interrumpir este coloquio, aparece la Reina Isabel en el fondo y les reprende con razón, por estar de tal modo entretenidos en circunstancias tan críticas para la patria.

A esto se presenta Garcilaso, otro guerrero, apuesto y bizarro como un San Jorge ojival, herido levemente en una mano, y con él empiezan los primeros alardes oratorios que se usaban en Castilla en aquellos tiempos dichosos y de los cuales quedan rastros todavía.

*Reina.* — ¿ Parece que estáis herido?  
Porque esta mano derrama  
Mucha sangre.

*Garcilaso.* — Le costará  
Cada gota de ella, al moro,  
Mas moros que hay en Granada,

*Reina.* — Ataos un lienzo, que es mucha  
La sangre, y os hará falta.

*Garcilaso.* — Esto, señora, no es nada.

Efectivamente, la herida es de pronóstico leve ; todos se van ; baja un telón de casa rica y aparece el Moro Tarfe (Riquelme) matando á otro moro á su paso, por cuyo hecho punible Celima le trata de indigno y mal caballero. Tarfe no la escucha, y sin rodeos se nos declara enamorado de Celima ; ella no hace caso de sus palabras de moro, porque su corazón *rendido* le habla de aquel corazón cristiano que ha entrevisto en la primera pelea, y cuyo nombre quiere saber, pese á quien pese.

Para ello piensa dirigirse al campamento de los Reyes y valerse de Calabaza, tipo de gracioso, obli-

gado en todo drama de moros y cristianos. Calabaza, creyendo que en vez del conde de Cabra se trata de Garcilaso, arma un lío horroroso, describe á Garcilaso con colores entusiastas que acaban de enfermar á la enamorada mora, la cual, inflamada por el deseo de conocer á su dueño noble, se disfraza y encamínanse los dos al campamento cristiano.

En él pasan cosas inusitadas. Tarfe ¡ voto á tal ! ha tenido el atrevimiento de plantar un cartel de desafío en la tienda de la propia reina Isabel ; los nobles jamás han visto tal desvergüenza, todos juran vengar la afrenta con la mano en el puño de la espada y Pulgar dice que llegará.

.....á donde jamás  
El pensamiento pudiera,  
Poniendo el nombre más alto,  
Porque, á la morisma sea  
Espanto, terror y miedo,  
Asombro, pasmo y afrenta,

mientras se oyen clarines y la reina pregunta intrigadísima.

*Reina.* — Pero ¿ qué seña  
Hace ese clarín ahora ?

*Soldado.* — En aqueste instante llega  
El Rey, gran Señora, al campo.

*Reina.* — ¿ Qué decís ? felice nueva,  
¿ Y viene su Alteza bueno ?

Sí, llega bueno y llega con barba, burlándose de las medallas y los bustos de su época, é incomodando á Riquelme como director de escena ; llega bueno á pesar de la indumentaria, y comó la salud es la



prenda más amable, los moros le felicitan y entran todos á descansar en la tienda de campaña.

En tanto Celima, desde el árbol número dos de la izquierda, acecha á un guerrero embozado que habla con una dama, y como Calabaza le ha dicho que el conde de Cabra es Garcilaso y vice-versa, ella cree que el galán que está pelando la pava era el suyo, arma un enredo para ella, para nosotros y para el espectador ; y encendida por los celos, entra en la tienda de campaña de los reyes, pega fuego á sus tenues gasas, sale la gente, el conde de Cabra salva la vida á la incendiaria é incendiada de amor, dándola un salva conducto y finiquito, y cae el telón, quedando la tierna mora más tiernamente enamorada que al empezar la comedia, y el conde de Cabra, seriamente perplejo y comprometido.

El acto segundo empieza con el relato de algunas escaramuzas llevadas á cabo por los nuestros, con grandes pérdidas del enemigo.

Así dice el conde de Cabra :

Si no nos cierran las puertas,  
En Granada nos entramos.

Por cuya verdad como un templo, la reina le felicita cordialmente.

Pero esto no basta al conde valerosísimo ; Celima está presa, Celima le ama, aunque equivocadamente, Celima le espera tal vez para convertirse en sus brazos de guerrero, Celima está dominada por Tarfe, aquel morazo terrible y mal humorado, aquel matón pendenciero, ceñudo y lo que es más : imprudente, temerario, y es preciso salvar á la probable odalisca.

Para lograrlo, disfrazado el de Cabra de árabe auténtico, se cuela por la puerta del Alcázar, y en él encuentra á Tarfe y á Celima disputando en buenos versos, llevando una vida imposible y tratándole, ella á él, de cobarde, nada menos ; afrenta que se infería siempre en versos en el siglo XV y aun en todo el Renacimiento.

Después de repetidas súplicas y aclaradas muchas dudas, el conde convence á Celima.

*Conde.* Vamos Celima.

*Celima.* Vamos.

¡ Ay amor á lo que arrastras !

*Conde.* Mucho debo á tu fineza.

*Celima.* Mucho arriesga quien bien ama.

Y mientras baja el telón, pausadamente, se escapan los dos amantes por el foro, montados en un caballo que ha de ser blanco y brioso y ha de llevar las crines desparramadas.

Dado el mal genio de Tarfe, ya es de suponer su incomodo al enterarse de la captura voluntaria de Celima. En aquel intermedio del segundo al tercer acto, todo han de ser amenazas y bofetones en el serrallo, que no vemos, y romper muebles con crustaciones y taraceas finísimas ; todo, malbaratar cofres y vasos indo-persas y platos de reflejos metálicos y pisotear y morder todo lo que encuentra en los rincones de su alcázar. Está el hombre que no puede ya con su furia. Sale con lanza y toda clase de armamento, se adelanta el caballo por el sendero que forma la platea entre las rojas butacas, y puesta en la adarga un pergamino y escrita en él el Ave-



María, y dirigiéndose insolente á los cristianos puestos en fila en la escena, allí, allí mismo, les desafía uno á uno, dos á uno ó todos juntos por medio de los versos más salientes de la tercera jornada :

*Tarfe.* Cristianos cuya loca fantasía  
más que el valor, os dá la confianza  
de rendir á Granada.....

.....  
mi dura lanza, siempre vencedora,  
en oprobio del nombre de María,  
á todos en el campo os desafía.  
Salga el conde de Cabra, si á su frente  
laureles busca. Salga ese de Ureña  
ó don Alonso de Aguilar valiente,  
si el honor le inflama y el valor le apena ;  
salga don Juan Chacón ; salga el valiente  
don Manuel Ponce, que al león desgreña  
ó el mismo rey Fernando, que mi espada,  
hasta en los reyes corta fulminada.  
Uno á uno os espera mi osadía,  
ó á todos juntos, si teméis la muerte:  
alienta vuestra infame cobardía,  
para que oseis morir con pecho fuerte.  
Ved arrastrar por mí la Ave-María ;  
estorbad el tratarla de esta suerte.

¡ Bien ! gritan sus mismos enemigos del gallinero.  
¡ Matadle ! exclaman algunos.

Bárbaro, presto verás  
de tu soberbia el castigo,

dice el conde.

¡ Perro !

dice Pulgar.

Tenéos,

dice el rey Fernando,

que yo para el desagravio  
trenzaré el arnés bruñido.

*Garcilaso.* Señor, Vuestra Majestad,  
contra oprobio tan indigno,  
me dé licencia que salga,  
rayo por vos vengativo.

*Rey.* Garcilaso, sois muy mozo,  
y aunque muy hombre en los bríos,  
os faltan las experiencias  
contra un moro tan altivo.

A pesar de faltarle las experiencias á Garcilaso, él es « el rayo fulminado », el « vulcano » que dá cuenta del moro altivo ; le corrige sus defectos cortándole la cabeza, que presenta clavada en lo alto de una pica al público entusiasmado. Celima se convierte, los reyes toman á Granada, Garcilaso se casa con doña Ana, el alcalde moro se pasa á los nuestros con toda su alcaldía y equipajes, triunfa la virtud en toda la línea, y termina ese drama felizmente.

Sólo la indumentaria y la estética han sufrido en esa « toma ». Es una toma de cosas buenas y malas, mezcladas para uso externo. Los versos tienen el carácter altisonante que aún conservan en nuestros días. Algunos son hermosos, y los más sólo ofen-



den al pobre moro, acostumbrado ya á toda clase de atropellos desde el día de la toma hasta estos momentos históricos.

## VIII

## Málaga

Antes que amaneciera, salimos de Granada. Llevados por el tren, ese armatoste que precipita los hechos en el saco del recuerdo antes de tiempo, y convierte en algo lejano lo visto momentos antes, la ciudad árabe, en un instante de tren, quedó borrada en la niebla y perdida en último término.

El viajar trae consigo, tras el goce recibido, la nostalgia de dejar plantadas raíces de agradecimiento hacia aquello que fué causa de impresiones. Tras la rápida visión de la llegada, los ojos han escogido emociones; el corazón ha trabado simpatías y el choque de la campana que anuncia la marcha del tren deja en el ánimo un vacío, la sensación de haberse olvidado algo moral en el pueblo que se aleja detrás de las ventanillas.

Al marcharnos de Granada, sentimos como nunca esta vaga sensación en nuestro espíritu. Su hermosura recién gozada se extendía ya en el diorama del recuerdo; su callada tristeza era un despidote mate, disfumándose como una puesta de sol; su silueta desfilaba confusa en la memoria, que borra

los perfiles y conserva sólo las sombras; los cármenes, la Alhambra, el Generalife, sus ríos de plata y sus ocasos de oro, eran sueños interrumpidos, visiones perdiéndose allá en el último término.

Dejábamos Granada, y un doloroso presentimiento nos decía que esa artística ciudad, que huía detrás de nosotros, iría desapareciendo poco á poco del mapa pintoresco de los pueblos; que iría dejando su suntuoso traje antiguo, para vestirse prendas nuevas; que sus cármenes, de verde y descuidada y espléndida cabellera, se trocarían en jardincitos á la inglesa ó en solares ruinosos; que sus calles misteriosas morirían deslumbradas por la luz de anchas é insípidas reformas; que los patios se hundirían sobre sus tenues dibujos y que, cada día, cada instante que tardáramos en volver á ver sus muros, sería un desengaño artístico para los ojos de artista, y un triunfo demoledor para los tontos egoístas que ponen el arte en sus patas.

Esto pensando, andábamos en un tren abigarrado y, al parecer, aventurero, compuesto de vagones de todas formas habidas y procedencias extrañas, pintado con colores mejicanos y repartido en las tres clases, viniendo en él, como viviente recuerdo de la ciudad que dejábamos, la compañía que representó la « Toma ».

Trasladábase á Málaga, y nada más típico que un tren de cómicos cansados y soñolientos. Los que poco antes iban vestidos de oro, calzando corona y empuñando espada y alfanje, veíaseles por los rincones, envueltos en mantas listadas y chales de dama joven; la brillantez del escenario trocábase en palidez producida por el pálido farol colgado